



LA LIBERTAD A LA FUERZA

(DE NUESTRA COLABORACIÓN)

Y acabará al fin todo esto—para empezar otra cosa—y triunfará en la humanidad civil la justicia de la democracia y se dará un rudo golpe al despotismo, al régimen imperialista de secreto, al principio inmoral de la infalibilidad del soberano y al de la obediencia ciega y España, esta España que se está envileciendo por mantener la neutralidad a todo trance y costa, sufrirá de rechazo, el golpe y tendrá que entrar, quiera o no, en la sociedad de las naciones libres, independientes y democráticas, pero no se le pedirá a nadie que rinda cuentas y todo seguirá en el fondo lo mismo que está. Peor que está.

Será la nuestra la libertad a la fuerza. Un pueblo que no quiere ser libre, que ama las cadenas, y al que le obligan otros pueblos a vivir sin ellos. ¿Cómo va a vivir sin cadenas nuestro pobre pueblo?

Muchas veces hemos dicho que la Inquisición fué en España, sobre todo en la España despótica de los cinco Austrias, de los cinco Habsburgos, un instituto popular, eminentemente popular. No el entusiasmo religioso, no, sino la envidia vecinal, la terrible envidia hispánica, hija de la impotente ramplonería, sostuvo la Inquisición. No se podía tolerar que alguien se distinguiera de los demás ocurriéndosele al pensar lo que a éstos, lo que al rebaño no se le ocurría. La herejía, la opinión particular, el pensamiento de sentido propio, no era tolerable; había que atenerse, y por la fuerza, a la ortodoxia, a la doctrina central, a la opinión, o mejor: a la no opinión general, a la rutina de sentido común, al no pensamiento. El que no era capaz de satisfacerse con lugares comunes, con cadáveres y cenizas de ideas, con frases muertas, que se callara y se muriera espiritualmente. La Inquisición era el fruto de la voluntaria servidumbre de un pueblo que no quería que le obligasen a pensar por su cuenta, ya que esto es har' trabajo. Y la Inquisición subsiste y persiste.

Es inútil que unos cuantos ilusos protesten contra la previa censura, porque la previa censura tiene el apoyo de la no opinión pública, de la vil cobardía pública, del abyecto horror a la verdad en que se apoyan el Dato y C.^a. Cuando este bajo cortesano dice que cuenta con la opinión pública, tiene en cierto sentido razón. Es el más genuino representante del envilecimiento de la España de hoy, de la degradante cobardía moral que nos tiene fuera del concierto de los pueblos civiles libres.

Vino la del 98; la gran Democracia Americana libertó al pueblo español arrojando a la España oficial, al Reino de España, de su última guarida en América que le servía para seguir embruteciendo al pueblo. Porque nuestro régimen colonial no era sino un soporte del patrimonio, a expensas de la patria. Vino lo del 98, se depuró la patria mediante una amputación del patrimonio, pero el pueblo no pidió cuentas a nadie. Y siguieron rigiendo, no sólo gobernando, los causantes y culpables del desastre, los de la incondicionalidad. No se depuraron responsabilidades. Siguió entenebreciendo a España quien consintió el asesinato de Rizal y otras atrocidades por el estilo. (Al que ordenó aquel asesinato llegó a llamarse general... "cristiano"! Y se corrió el peligro de que con aquel hombre llegara a la presidencia, de los consejos de la Corona, a la cancillería más bien, la cerrazón mental, la inteligencia, la barbarie ortodoxa que huye de tener que pensar por sí, la misología, el trogloditismo.)

Y hoy volvemos a estar como en 1898 y le aguarda al Estado español, al Reino de España, no al pueblo español, otra derrota como la de entonces. Ese Reino esperaba acaso el desquite, siquiera parcial, de lo de 1898 y quien sabe si se preparó a ello mediante tenebrosas inteligencias. Y jugaba a dos barajas. Como en el siglo XVI la suerte del Reino de España iba ligada a la del Imperio. No se olvide que Carlos I de España lo fué V de Alemania y que aun aquí, en España, siempre se le llama Carlos Quinto y no Carlos Primero. En España no ha habido un Carlos Primero, pero sí un segundo. Y no se olvide que nuestro verdadero Carlos Quinto fué Carlos María Isidro, el pretendiente, el hermano del Abyecto, del Bisabuelo.



Esperamos que España será libertada, pero como lo será a la fuerza y no por propio esfuerzo y menos por propio deseo esa libertad será tristísima. Nos aguardan días congojosos; los días de la libertad que no se ha querido. ¿Qué hará el preso en medio de la calle si no sabe cómo ganarse la vida en libertad? El miedo al salto en las tinieblas es el miedo a la libertad. En España hay miedo a la libertad. Los pobres siervos tiemblan de verse libres. En la servidumbre siquiera aunque poco y mal, comen. Y sobre todo no les obligan a pensar.

¿Qué va a ser de nosotros cuando nos obliguen a buscarnos el régimen y gobierno por nosotros mismos?

Creemos que la Garduña conoce a España mucho mejor que de su mentalidad era de esperar.

MIGUEL DE UNAMUNO